

Rodrigo Fierro y la guerra contra el bocio

Pablo Cuvi

En un retrato suyo que publiqué en *El Comercio* poco después de entrevistarlo en enero de 2015, decía que el título de “Puro fierro” hacía referencia a la fortaleza física y espiritual de este descendiente de los ‘pupos’ rebeldes del Carchi que, con un artículo, le casó pelea al ingeniero Febres Cordero, cuando este aun fungía como dueño del país. Y destacaba que, a sus 85 años recién cumplidos, acababa de lanzar sus memorias con el desenfadado título de *Escritos del yo*,¹ memorias que, leídas de un tirón, me proporcionaron material para las conversaciones que sostuvimos en su consultorio de la plaza Indoamérica, donde me citó pasadas las siete de la noche.

En efecto, allí estaba con su mandil blanco, los gruesos lentes bifocales y esa clásica cicatriz en la frente. Y fue un plato escucharle narrar su vida con gestos teatrales y cambios de voz, salpicados con uno que otro carajazo que podía terminar en un tono de súplica, mientras yo suplicaba en silencio que cesara ese frío de páramo que entraba por la ventolera y que a él no le hacía mella.

Para no romper el formato del libro, la entrevista se mantiene en tiempo presente pues arranca el momento en que le planteo la primera pregunta mientras él enciende el primer cigarrillo.

Así que usted tiene antecedentes de pupo.

De los pupos rojos en la época de Alfaro. Mi ancestro es carchense por el lado de Fierro, y también de Benítez, son dos familias carchenses, y como me encanta mantener ciertos elementos que configuran mi identidad, me pongo siempre Fierro Benítez. Mi padre era médico militar, de manera que estudié en Ibarra, Ambato, Riobamba, Quito, Cuenca, vuelta a Quito hasta cuando decidí irme a España.

Entonces, su vocación de médico le vino de su papá.

De mi papá sin lugar a dudas, pero también porque pasaba desde los seis años de edad con mi abuelo Nicanor Benítez, las vacaciones grandes, como se

¹ Fierro Benítez, Rodrigo, *Espacio de la memoria. III Escritos del yo 1930-2015*, Universidad Andina Simón Bolívar, Quito, 2015.

llamaban en ese entonces, en sus propiedades de la provincia de Tungurahua.

Entonces debieron haberme impresionado esos cotos monstruosos que se veían. Frente a la casa de nuestra hacienda había una familia, doña Rosario la madre, que en una especie de traspatio, allá lejitos, donde solamente podrían estar los puercos, ahí la tenían a una cretina, hija de esta señora, comiendo en un pilón las sobras.

Como un animalito.

En efecto, era una cretina endémica debido a la deficiencia de yodo; entonces creo que esos impactos conformaron una especie de mensaje para que me dirigiera hacia ese campo.

¿Algún compañero del San Gabriel que lo encontró luego en Medicina?

Algunos, uno de ellos el cardiólogo muy mentado, Marcelo Moreano, fue condiscípulo mío.

¿Eran cauchos entonces?

Eran cauchos legítimos, pero yo fui caucho disidente porque salí ateo del San Gabriel.

(Cuenta que un cura Sánchez, español, profesor de Literatura, lo acusó de comunista por un cuentito que escribió sobre un poncho rojo, y se dedicó a hostigarlo porque “había que apartar la manzana podrida”. Corría el año de 1945 y el fanatismo de la Guerra Civil española seguía vivo. De modo que se marchó).

Me matriculé en el Mejía para quinto y sexto y fui el muchachito más feliz que pudo haber habido.

¿Ahí se topó con su pariente, el ‘pupo’ Fierro?

Genaro, que era muy allegado a mi padre y muy cercano pariente, era profesor de Educación Física. Se acercó a mí en la primera clase y *sotto voce* me dijo: “no harás quedar mal a la familia, carajo”. Así que salté todos los caballetes posibles.

¿Cómo fue su ingreso a la Facultad de Medicina en 1948?

En ese año se dispuso que ingresarían tan solo los 60 mejores calificaciones del bachillerato que optaran por Medicina a nivel nacional, porque al Mejía se venían de todos los lados, aunque los serranos eran la inmensa mayoría; estuve entre los 60 y fui admitido. Lamentablemente un hijo de un vicerrector de la universidad muy respetado sacó el puesto 100 e ingresamos todos los 120. No eran exámenes, eran calificaciones.

En sus memorias, usted habla de dos profesores: de Julio Endara el psiquiatra y de Luis A. León el parasitólogo y dice que “de los demás no cabe una sola palabra”. ¿Por qué?

Porque respondían a una época que no era la modernidad de ese entonces; la medicina ecuatoriana marchaba a paso de la francesa decimonónica y como consecuencia era una medicina muy, muy atrasada. Piense usted que en Farmacología, cuando ya se contaba con la penicilina para curar la sífilis, se nos enseñaba el Salvarsán y el Neosalvarsán. Es decir que el profesor, que por otra parte llegó a ser decano, no se había percatado y seguía con los apuntes de siempre.

¿No hubo ya la influencia de la medicina norteamericana?

Todavía no, seguía siendo de influencia francesa. El famoso Cojo Paredes, rector por montones de años que fue de la Universidad Central, Julio Enrique Paredes, era profesor de Medicina Interna. Recuerdo que ya comenzó a preocuparme el asunto del bocio y presenté un caso, en cada clase un alumno tenía que presentar un caso para que el profesor hablara sobre ese tema, y era de un indio que llegó a la consulta externa del hospital Eugenio Espejo con un coto de este tamaño (*se lleva la mano a la garganta*) que al pobrecito le tenía con el mentón para arriba y con un hilo de voz, ahogado casi. Le presenté: “profesor he encontrado este enfermo en consulta externa”. Como él era un hombre de gran plantaje y de una voz de trueno, le miró, ni siquiera le palpó, y se le oyó decir (*imita la voz grave*): “este coto es un bocio, vamos a dejar que madure”.

¿Eso quería decir que se iba a morir si maduraba?

Eso quería decir, Pablo, que no sabía hostia de tiroides el señor profesor y quería que madure para que se muriera ahogado ese pobre indio de Cangahua. Pero de Julio Endara tengo un recuerdo luminoso, era un hombre culto, a su psiquiatría le daba el toque humanístico de ese gran campo de la medicina que trata las conductas anormales. A todos sus alumnos nos entusiasmó: el médico tenía que ser un hombre culto, y el doctor Julio Endara fue uno de los provocadores que tuve para la labor humanista.

Luego, frente al anonimato feroz de los demás profesores, el gran Luis A. León tenía ya descubiertos unos parásitos no descritos y que en los libros de parasitología llevaban su nombre o el de *quitense*. Era un portento, a mí me pareció una maravilla, carajo, qué cosa tan estupenda del doctor Luis León, se registraba en libros, había roto la frontera comarcana, había descubierto cosas. Entre mí pensaba: “tiene derecho el doctor León a dar clases porque sabe, porque estudia, porque ha investigado, porque ha tenido aportaciones”.

LA POLÍTICA, EL MIEDO Y MARAÑÓN

Me llamó la atención que usted haya sido de ARNE.

Desde luego, cómo no iba a ser de ARNE. Mi padre fue designado jefe del hospital de Sangre, del hospital de Santa Rosa de El Oro. Yo lo vi salir vestido de blanco, con el uniforme de trópico de la oficialidad ecuatoriana pues se iba en avión a Santa Rosa, y lo vi volver derrotado, avergonzado: habíamos perdido la guerra pero también la honra. Y ponga atención porque también eso redundaba en lo de arnista que seguramente le ha impresionado. Cuando falleció mi padre, en 1951, llegué a clase vestido de luto. Estaba en tercer curso, daba Semiología el doctor Juan Francisco Orellana. Me vio llegar iniciada la clase y dijo: “señores estudiantes, debo darle el pésame más sentido a Rodrigo Fierro con algo que debo decirles: yo formé parte de uno de los tribunales que juzgaron a los oficiales que tuvieron mando en la derrota del 41, el único oficial que tuvo mando y no fue llamado a juicio fue el padre de Rodrigo Fierro”.

Mi padre se quedó en el hospital de Santa Rosa hasta que fue despachado desde Puerto Bolívar el último herido. Cuando las tropas en desbandada pasaban por Santa Rosa, todos esos héroes que vinieron después, le decían: “¡carajo, cómo te quedas, no ves que estamos derrotados!”. “No, ustedes estarán derrotados, pero yo de aquí no salgo mientras haya un herido”. Estas cosas fueron condicionando en mí una especie de reacción por el trato que se le había dado a nuestro país.

(También le conmovió la historia del antiguo Rocafuerte, un pueblito ecuatoriano pequeñito a orillas del Napo que pasó a manos peruanas).

¿Entonces entró a ARNE por el patriotismo, por el nacionalismo?

Claro, porque yo de política no sabía hostia, ingresé a los diecisiete años y me animaba un sentir.

Allí estaban también Jorge Salvador Lara y Ubaldo Velasteguí, que fue su vecino de clínica, aquí en la avenida Pérez Guerrero.

Ubaldo Velasteguí, gran amigo mío de la línea liberal del movimiento ARNE, de los que nos enfrentábamos al doctor Luna, conservador por antonomasia. Ubaldo era un año mayor que yo en la Facultad de Medicina.

¿Qué problema tiene usted a la altura de cuarto curso, cuando decide irse para España?

La política comenzó a absorber todo mi tiempo y ese cuarto año fue casi un desastre porque me quedé aplazado en Pediatría y suspenso en Otorrinolaringología y algo más. Quedarse en Pediatría era casi quedarse de año. De manera que fue un aldabonazo para mí: si seguía por ese camino que cada vez es más complejo, la vinculación con un movimiento político, porque se van dando circunstancias y uno se ve involucrado cada vez más y más.

Además de que le fue bien porque ARNE apoyó a Velasco Ibarra y ganaron.

Exactamente. Entonces decidí desaparecer. Hable con Nicolás Valdano que con nuestro concurso llegó a jefe nacional en oposición a Luna, una figura simpatiquísima, atrayente, un gran orador, una figura inclusive carismática, era la de Nicolás. Yo había conseguido una beca del Instituto Español de Cultura Hispánica. Nicolás apoyó mi decisión y algo le habrá contado al doctor Velasco del papel que cumplí en la campaña a la que usted alude. Un día antes de que yo saliera se concertó la cita en el palacio y el doctor Velasco Ibarra puso una esquila para el ministro de Finanzas dándome 2.400 dólares, a 100 dólares por mes para los dos años que me faltaban para terminar la carrera.

Con esa esquila volamos donde el ministro de Finanzas, el cual sacó de una caja fuerte los fondos destinados a gastos de la Presidencia.

(Cuenta que con esa ayuda más la beca pudo vivir sin sobresaltos en una España muy pobre, donde algunos de sus compañeros usaban alpargatas).

Con toda la crisis que vivió España, ¿cómo estaba la educación médica?

Bastante limitada, bastante modesta, aunque con algunas luminarias: Marañón, Jiménez Díaz, Salamanca, Pons en Barcelona, se destacaban en medio de esa medio-

cidad. Don Gregorio Marañón era un maestro que podía estar dictando clases en Harvard; Pons también.

¿Qué daba Marañón?

Endocrinología. Primero pasaron dos años hasta que me gradué de médico y con el doctor Marañón hice el doctorado, acompañado de la endocrinología como la materia de sustentación de una tesis que debía culminar para poder ser doctor.

¿Qué es lo que le hacía un gran maestro a Marañón?

Una especie de serenidad, de equilibrio, un hombre que no era dado a las grandes expresiones, a los grandes gestos; cuando trataba de mostrar su satisfacción se le veía una discreta sonrisa, o un gesto de una cierta pesadumbre cuando algo le disgustaba. Pero la parte maravillosa es que tenía un don de encontrar méritos en cada hombre.

O sea que en lugar de ver lo malo veía lo bueno.

Exactamente. Y claro, teníamos en el instituto unas sesiones maravillosas de humanidades médicas, los sábados; don Gregorio invitaba a personajes a dar charlas más o menos informales y durante los dos años que pasé mi ilustración se incrementó.

Entre estos personajes el más pintoresco fue el torero Belmonte que les habló sobre el miedo, ¿no?

Sí, el hombre que jamás tuvo miedo a los Miuras de cinco años y 500 o 600 kilos de peso dijo que sí se moría del miedo en el callejón, cuando estaba con los picadores y todos para hacer el paseíllo tenía sudores fríos. “Pese a que abultaba, siempre llevaba dos pañuelos para secarme la frente y las manos, pero todo era llegar al momento de la verdad, es decir, estar en la plaza ante miles de ojos para que el miedo desapareciera”.

¿Usted hizo con Marañón su primera publicación?

No, antes había hecho una publicación con Marguelí. La publicación que tengo con el maestro fue la que trataba sobre el falso desarrollo sexual de los niños. Porque los médicos pueden cometer barbaridades cuando no respetan procesos de maduración, esto que don Gregorio llamaba una cronopatía, una alteración debida al tiempo de evolución.

Según los testimonios de los escritores, de los historiadores, era una época muy opresiva el franquismo.

No, para nada, las cosas como son. ¿Usted estuvo en la Unión Soviética en la época de Brézhnev? (*Niego con la cabeza*). Yo sí, todo era en paz, me tocó pasar un agosto en Moscú y los parques estaban llenos de niñitos y mamás felices. Pero había que rascar un poquito, a lo mejor el extranjero no estaba en capacidad de rascar esa superficie, para llegar al espanto. En España con toda seguridad se daban actos de horror, pero no los veíamos; sí se sabía que daban gritos en la Puerta del Sol, en el palacio ese que hay al fondo, se oían gritos. Cuando se dan este tipo de dictaduras feroces, la superficie es de paz porque la gente tiene miedo. Yo viví esa paz de los sepulcros, pero cuando se inició la movilización de los estudiantes de mi Universidad Central de Madrid, que culminó en la primera movilización contra Franco,

la pública, meses antes un amigo mío español, un fuera de serie, Gonzalo Sáenz de Buruaga me invitó a unas reuniones preparatorias. (*Cuenta que asistió y cómo se desarrolló la protesta*). En septiembre de 1956 se daba la movilización con quema de tranvías y todo y mi amigo tuvo que huir con peligro de muerte y terminó sus estudios en Bolonia.

ENCUENTRO CON LA MEDICINA NUCLEAR

¿Usted se gradúa ese año de 1956?

Sí, primero obtuve el título de médico y luego el doctorado de cuarto nivel: doctor en Medicina y Cirugía. Durante el doctorado ya tuve dos años de endocrinología porque asistía en calidad de residente al instituto del doctor Maraón; el primer año en salas y el segundo en la consulta externa que mantenía mi maestro.

(*A continuación, decide aplicar para un curso pionero que había en Italia sobre la medicina nuclear y la utilización del yodo radioactivo que venía a revolucionar el conocimiento de las funciones de la glándula tiroides*).

En poquitas palabras, ¿cuál es la gran importancia de la tiroides?

Resulta ser el dínamo, la batería del carrito que puede ser el símil del organismo humano. La función de la tiroides significa un estímulo inespecífico para todo el organismo y muy específico para ciertas funciones como la intelectual, por ejemplo. La decisión de irme a Italia tenía el propósito de continuar mi formación en endocrinología al tiempo que, sacándome la madre como dice la gente, me preparaba en física, en química, en biología y en matemática para lograr una de las veinte plazas.

¿Fue un gran descubrimiento lo que aprendió ahí?

Fue determinante, era un horizonte que se abría, y yo siempre soñando en que eso era lo que debía hacer cuando volviera al país, y me esforzaba en aprender lo que me serviría, pero siempre con esa incógnita: ¿y los equipos?

El problema cuando retorné fue buscar un espacio, lo lógico era que primero golpeará las puertas de la Facultad de Medicina de la Universidad Central. En 1958 no había profesor de Endocrinología, se encargaba a cualquiera de otra especialidad médica clínica para que diera ese año, leyendo un libro y transmitiendo a los estudiantes, es decir, de la manera más primitiva. El decano me recibió, todo él hecho el amable. Me presenté: “señor decano, me he doctorado en Endocrinología y Medicina Nuclear y tanto he soñado con formar parte de este claustro”. ¿Y sabe con lo que me sale? “Pero doctor Rodriguito, qué error, lo lógico era que aprenda pediatría y obstetricia porque mientras el hombre deambule por los páramos y trópicos del mundo habrá piponas y nacerán niños”. Fue, no le exagero, Pablo, el momento más cruel, más doloroso que nadie pudo haber recibido. Llegué a casa. Mi mujer francesa me esperaba ilusionada, ella daba por seguro, mis familiares daban por seguro, les conté lo sucedido, qué horror, fue un día de espanto.

¿Quién era el decano?

¿Quiere que le diga?... El doctor Aráuz.

¿De ahí se va a la Politécnica?

No voy yo; Humberto Toscano, secretario de la Escuela Politécnica Nacional, mi gran amigo y un gran gramático, viene a verme a nombre del rector, Jaime Chávez Ramírez, médico, por esas cosas que pasan y por su gran interés en las ciencias. Me mandaba a llamar porque sabía que me había especializado en medicina nuclear, justo en el momento en que debía inaugurar un instituto de ciencias nucleares, el primero que hubo en el país. ¡Volví hecho una pascua a la casa! Como el instituto se erigió con un convenio con la Agencia Norteamericana de Energía Atómica, el ofrecimiento de Chávez era mis 500 sucres mensuales más 200 dólares de los americanos. Ese sueldo lo recibíamos Luis Levi, un gran ingeniero químico, profesor de la Politécnica, y yo, que fuimos los ecuatorianos con los que se inició este Instituto de Ciencias Nucleares. Así que me entregué a mis proyectos de investigación porque tenía ya los equipos.

¿Eran equipos de última generación?

De última generación, *up to date*, de manera que estaba en capacidad de hacer exactamente lo que un médico norteamericano podía hacer. Esto me salvó porque si no, ¿de dónde me sacaba yo las platas para investigaciones?

Para semejante equipo, claro. Fue una suerte.

Una suerte que pocos latinoamericanos la han tenido, muy contados, porque la historia es de desastre en cuanto a científicos que se forman fuera y vienen. De manera que comencé a trabajar.

¿Le tocaba dar clases en la Politécnica?

Esa es una pregunta estupenda. Los primeros tiempos, los ingenieros Muñoz y Estrada fueron a Puerto Rico a hacer también ciencias nucleares. Hasta que ellos volvieran ya estaba el Orico Orellana de rector: “Vea doctor Fierro, los estudiantes de Ingeniería Química piden que se dé regularmente cursos de ciencias nucleares, de manera que aquí contamos con usted y con el doctor Levi hasta que vuelvan el ingeniero Muñoz y el ingeniero Estrada”. Así comencé a dar clases de teoría radioisotópica a gentes que sabían más matemática que yo, pero salía con vida porque yo también sabía mis ecuaciones, y todo era a base de ecuaciones, inclusive exponenciales. Pero antes de cada clase tenía unos sudores fríos.

Como Belmonte en la plaza.

Exactamente: ¿a qué hora se me equivoca un paso del análisis matemático? Hasta que vinieron Muñoz y Estrada y me fui donde el ingeniero Orellana a decirle: “he cumplido su mandato, pero, por favor, reléveme de este martirio”. Una cierta sonrisa de Orellana: “bien doctor Fierro, vaya tranquilo”.

¿Usted empieza la investigación del bocio en la Politécnica?

Claro, la Politécnica, en un gesto admirable, me daba un sueldito, me dio un ayudante en química excelente, una secretaria estupenda y un médico que no sabía de medicina nuclear pero estaba interesado y fue una especie de ayudante. Pero hacer investigación de cierto nivel era comprar material radioactivo sumamente cos-

tosos, preparar los marcados, hormonas marcadas... No había otro camino, Pablo, que solicitar una beca de investigación.

Afuera.

Afuera, porque el Estado ecuatoriano no destinaba un sueldo para la investigación científica. Pero habían pasado dos años y me había ido quedando atrás porque el desarrollo de las ciencias nucleares era de una velocidad feroz y para optar por una beca de investigación uno tenía que emplear técnicas *up to date*. Entonces me vi obligado a hacer un curso avanzado de radioisótopos en Bethesda, en Estados Unidos, que es el centro del desarrollo médico americano. Aprendí ahí técnicas, me puse en contacto con mi maestro americano, el doctor John Stanbury, que dirigía la Unidad de Tiroides del Hospital General de Massachusetts de la Universidad de Harvard. Después del curso estuve como pasante en el servicio del doctor Stanbury

Allí aprendí más técnicas superespecializadas y volví al Ecuador afilado. Contaba con los equipos básicos, qué maravilla, me faltaban algunos, pero para eso estaba la beca que solicité al Instituto Nacional de la Salud de los Estados Unidos. Cuando finalmente aprobaron, fue el día más glorioso de mi vida: ¡eran montones de dólares, montones, 50.000 dólares anuales prorrogables por un año! Así conté con los recursos para pagar a colaboradores en centros que creé en pueblos que eran los más aptos para estudiar los efectos de las deficiencias de yodo y de la malnutrición calórica proteica. Y también tenía dinero para reactivos costosísimos.

¿Esto se compraba en Estados Unidos?

En Francia. Y a uno de esos había que traerlo de Israel, qué más tocaba. Entonces comencé a hacer investigación de un nivel muy alto y mis resultados comenzaron a ser aceptados en reuniones internacionales especializadas y publicadas en las mejores revistas científicas del mundo, diga usted por ejemplo: *New England Journal of Medicine*, el *Journal of Clinical Endocrinology*, el *Journal of Clinical Investigation*, resultados salidos de este modesto laboratorio pero eficiente que lo hacíamos trabajar con muchachos estupendos, que eran mis alumnos reclutados en la Facultad de Medicina.

¿Ahí estaba ya Eduardo Estrella?

Eduardo Estrella fue uno de los primeros. El inolvidable Eduardo Estrella, el gran historiador de la medicina, al que yo le sentí como a un hijo que iba a ser el historiador de lo que había sido mi equipo de investigadores, falleció.

¿Iban a Tocachi y La Esperanza?

Los sitios fundamentales: Tocachi, La Esperanza, Malchinguí, que quedan al norte de la provincia de Pichincha; era una amplia zona que debía ser de equivalente altitud, de equivalente configuración étnica, etc., para poder ser equiparables.

No hay muchos indígenas por allí, ¿o sí?

En alguna medida, pero hay un componente mestizo importante.

¿Cuánto tiempo estuvo ahí?

Desde 1962 hasta 1994. Las investigaciones se prolongaron a punta de becas

de investigación, a punta de los quince *grants* que me he ganado. Una de las fuentes era el International Nutrition Program, en donde todo el mundo contribuyó con fondos para hacer investigaciones de alto nivel y esta pulga, este científico de Ecuador, logró mantener por cuatro años su proyecto con esos fondos. No es por vanidad, Pablo, pero en el X Congreso Mundial de Nutrición que tuvo lugar en Kioto tan solo fueron admitidos trabajos de tres investigadores latinoamericanos: Cravioto, que dirigía el Instituto Nacional de Pediatría de México; Arroyabe, que dirigía el Instituto de Nutrición de Centroamérica y Panamá; y el ecuatoriano Rodrigo Fierro que trabajaba en un laboratorio de este tamañito en relación con semejantes enormidades.

Sintetizando, ¿cuál fue el descubrimiento básico que hizo usted en esos años?

El descubrimiento básico fue que los desórdenes por deficiencia de yodo no estaban condicionados a la magnitud de la deficiencia de yodo sino a la situación económica social, cuyo mayor indicador era la nutrición. Cuando a la deficiencia de yodo se agrega la malnutrición calórica proteica, explotan las enfermedades por deficiencia de yodo; es decir, adquieren una severidad feroz. Llegamos a determinar que en donde actuaban más esos dos factores era en los núcleos subcelulares de los oligodendrocitos, que son las células encargadas de la elaboración de la mielina.

¿Qué relación tiene eso con la tiroides?

Cuando hay carencia de yodo bajan los niveles de tiroxina, que es la hormona de la tiroides, y, como consecuencia, no estimulan a estos centros de estas células de los oligodendrocitos, que entonces producen una mielinización menor y defectuosa; lo mismo pasa cuando hay malnutrición proteica.

¿Y los isótopos radioactivos del yodo, cómo actuaban en todo esto?

Debíamos estudiar cuáles eran los niveles de la tiroxina libre, y eso lo hacíamos con tiroxina marcada con yodo radioactivo.

¡Ah!, el isótopo sirve para hacer el seguimiento...

Exactamente, se marca una molécula y como está en la estructura de la molécula de la tiroxina un átomo de yodo radioactivo, se le puede seguir por todas partes porque está despidiendo radiaciones.

EL ACEITE Y LA SAL YODADA

¿De ese descubrimiento vino la recomendación de la sal yodada?

Antes, como no había reacción política para yodar la sal, se demoraba y demoraba, fuimos los primeros en el mundo en utilizar el aceite yodado de depósito; en cristiano significa que al aceite de maíz se le agrega yodo, y por ese yodo que tiene, se deposita en el tejido graso. Una inyección de ese aceite yodado se mantiene en el organismo por cuatro o cinco años. Hacíamos pruebas de seguimiento, diga usted de la excreción urinaria de yodo, que está en relación directa con la utilización de yodo por la tiroides.

¿Cómo era la relación con la población donde estuvieron tanto tiempo?

Admirable, nadie ha tenido más el concurso que mis colaboradores y yo. Era un ejemplo la colaboración increíble de una población tan jodida como era la de Tocachi, tan deprivada, tan aculturizada. Teníamos ahí un edificio precioso, era la época cuando en todos los pueblitos comenzaron a construir los centros de salud. Al de Tocachi se le agregó un ala del edificio para los exámenes de los niños sanos, porque debíamos examinar todo niño que nacía para ver el desarrollo. La colaboración que obtuvimos llegó a cifras desconocidas en salud pública: al 95% de la población formaba parte con su voluntad, con su apertura, en base a la ejemplaridad de mis colaboradores, en base a su honestidad, jamás un abuso a una chica del pueblo, jamás tomar tragos en la población, de manera que la población fue tomándonos confianza.

Tocachi fue un modelo para la OPS, vinieron a hacerme entrevistas para ver cuál era el milagro que había empleado para obtener semejante población; no hubo una sola mujer embarazada que no viniera a nuestro consultorio muy a poco de que se le suspendiera la regla, para exámenes prenatales.

¿Cuál era el resultado que ellas veían para responder así?

Que los niñitos se movían más, eran más despiertitos, no eran estreñidos, que mamaban con más fuerza y crecían mejor.

¿El aceite les inyectaban también a los niñitos?

Como es natural, a la mamá, al niño y al padre.

¿Es decir que en poco tiempo todo el pueblo de Tocachi estaba inyectado?

En todo el pueblo estaba corregida la deficiencia de yodo. Con este procedimiento habíamos roto la ominosa conjunción de malnutrición y deficiencia de yodo.

¿Por el lado de la nutrición también actuaron?

La nutrición son palabras mayores; de no haber una revolución en este país no habrá nutrición suficiente para todos. Yo era un médico, mis colaboradores eran médicos que no podían revolucionar nada en materia económica. ¿Qué fue lo que hicimos? Busqué el concurso de una maestra alemana a quien recluté en Bonn, en una conferencia que me invitaron a dar, la traje y ella fundó un centro para atención materno infantil y estimulación temprana: toda mujercita embarazada y en lactancia pasaba a ser parte de esta unidad operativa, donde recibían una comidita normal. Y lo extraordinario: por primera vez en la historia altoandina, a los niñitos de Tocachi, La Esperanza y Malchinguí se les hacía estimulación temprana.

El aceite yodado de depósito pasó a ser utilizado en el Perú, en Bolivia, Argentina, África, República Popular China; a esta última me invitaron para que asesorara en el empleo del aceite yodado porque demostró ser un método idóneo cuando no había sal yodada. Así que el método ecuatoriano se aplicó a quince millones de campesinos chinos y ahí estuve yo de asesor. Y comenzamos nuestra lucha en el Congreso, con los ministerios, para que ¡por Dios! yodicen la sal, hasta que logramos con Pepe Thome, gran amigo mío, ministro de Salud de Febres Cordero, la expedición de la

ley, la obligatoriedad de yodar la sal. A partir de 1984 ya era cuestión del Ministerio de Salud Pública y del Gobierno ecuatoriano.

PROS Y CONTRAS DE LA DOCENCIA

¿Cómo se vincula usted al Massachusetts Institute of Technology?

Porque mi maestro, el doctor John Stanbury, pasó al Departamento de Nutrición del MIT. (*Cuenta que Stanbury dirigía el Programa Internacional de Nutrición con fondos de varios países, y cuando a Fierro le concedieron un grant para continuar sus investigaciones, fue titulado como investigador extranjero del Massachusetts Institute of Technology, el mundialmente famoso MIT*). Ahí comenzó mi vinculación con el MIT, que duró los cuatro años que, a su vez, también duró aquella beca de investigación.

¿Cuándo empieza usted a dar clases en la Universidad Central?

En 1963 la Junta Militar de Gobierno clausuró la Universidad Central. Vino la reorganización y entraron una serie de colegas vinculados especialmente al hospital Militar.² Luego vino la reestructuración de la universidad con el doctor Julio Enrique Paredes como rector; es decir, volvió la Universidad Central a la normalidad. Salen los militares, sale la junta militar que lo gobernaba todo, vienen los nuevos tiempos democráticos, normales y el rector Paredes resuelve reestructurar las facultades. Esa reestructuración fundamentalmente consistió en que las cátedras fueran llenadas por concurso, una de ellas, la que iba a crearse, la de Endocrinología...

¿Pero usted no había dado antes Endocrinología?

No, no, había sino Fisiopatología, que es algo relacionado, pero Química Endocrinológica no había dado todavía. No existía esa materia, la daban a saltos los colegas de Medicina Interna y de otras especialidades, a quienes se les encomendaba: “Fulanito, da este año este capítulo de Endocrinología”. Entonces me presenté, gané el concurso y fui nombrado profesor titular de la cátedra de Endocrinología que se creaba.

¿Cómo eran los alumnos? ¿Qué impresión tuvo cuando empezó a dar las clases?

La mejor impresión porque me propuse responder a uno de los consejos de mi maestro, el doctor Marañón, quien me dijo en alguna ocasión: “oiga usted, Fierro, se es universitario como se nace liberal, como se nace limpio”, y yo en la Universidad Central fui un profesor liberal y limpio. Comprendí que en el mundo donde se jugaban sectarismos, consignas, en donde los partidos trataban de tener presencia, el profesor Fierro jamás hacía un distinguo por razones ideológicas, por razones de parentesco, por razones sociales, etc. Yo exigía hasta lo que más daban. Esta exigencia demandaba un gran esfuerzo al estudiante de una facultad en extremo complicada, en donde no destacaba precisamente el mejor, sino quien manejaba determinados rigores ideológicos.

2 En su autobiografía cuenta que Augusto Bonilla y su excompañero de aula, Marcelo Moreano, le invitaron a incorporarse. “Marcelo será el titular de la cátedra de Fisiopatología y los doctores Frank Weilbauer, Eduardo Villacís, René Franco y yo, auxiliares. Me corresponden los capítulos referentes a Endocrinología y Metabolismo”. *Ibíd.*, p. 145.

De manera que resultó una experiencia fenomenal, jamás tuve un problema, excepto uno que tiene relación con lo que estoy diciendo. Había el derecho de tacha. Unos seis meses antes del acontecimiento que voy a referir el gran Plutarco Naranjo, profesor de Farmacología, fue tachado por los estudiantes y tuvo que salir de la Facultad de Medicina.

¿De qué le acusaban?

Le acusaban de que se había vendido al oro yanqui porque había obtenido una beca de investigación del Ejército de Estados Unidos. Eran *grants* que se daban para estudiar alucinógenos a nivel mundial. Entonces, investigadores de todo el mundo, tengo entendido, aplicaron a esos fondos para financiar estudios en Tailandia, Indonesia, Ecuador, Perú, en todo el mundo. Opta por una beca de investigación para estudiar alucinógenos en el Oriente ecuatoriano el doctor Naranjo. Como era un hombre bien plantado, bien preparado, presentó un gran proyecto de investigación que fue aceptado y se produjo ese revuelo bestial porque era la primera ocasión que llegaba a los oídos de los universitarios de la Central y del Ecuador entero que un profesor había obtenido una beca de investigación, un *grant*. Mucha gente aplaudió al doctor Naranjo por haber obtenido fondos para investigar en un país cuyo Gobierno no asignaba un sucre a la investigación. Luego se supo que eran dineros que manejaba el Ejército de Estados Unidos y se armó la del carajo. (*Fierro era miembro del Consejo Directivo y defendió ardientemente a Naranjo, pese a lo cual fue tachado*).

Con mis estudiantes de Endocrinología no pasaba nada. De pronto un día un revuelo al momento que ingresaba a clases: se habían declarado en huelga con el propósito de cuestionarme, estaban todos los estudiantes e intervenían los promotores de la tacha al doctor Fierro, cuando para mi sorpresa surge una figura preciosa, la de Eduardo Estrella, estudiante que era de mi cátedra (*imita el tono de barricada*): “Pero... ¿tacha al profesor Fierro, al que nos enseña, al que nos exige, a este hombre al que jamás se le vio una arbitrariedad, a este profesor que jamás actuó por consignas, que es un hombre liberal, que es un hombre limpio, tacha al doctor Fierro?” Y dirigiéndose al instigador: “Pero si tú, pendejo, bebes todos los días y vienes a clase chuchaqui, nervioso y cuando te pregunta algo el doctor Fierro te pones hecho una pantera, ¿tú quieres echarle al doctor Fierro”. Ahí terminó y en la clase siguiente, el sujeto me miraba para ver mi reacción, pero le aseguro que me había olvidado del incidente; él era un estudiante tranquilo que se presentaba ante el profesor con quien tuvo una diferencia, pero que no tuvo ninguna trascendencia.

Hubo otro incidente unos años después, así mismo gran revuelo en la clase, paro de actividades. Quienes promovían eran los colombianos que cuestionaban mi enseñanza porque era de posgrado y no de pregrado; es decir, les daba más de lo que estos creían que debía darles. Como había muchos que recibían alguna mala nota porque no estudiaban tuvieron algún eco, pero también se presentaron estudiantes: “¿tacharle al doctor Fierro porque nos está dando unas clases estupendas y las clases prácticas no pueden ser mejores? ¿Ustedes, colombianos, que son los rechazados de

las universidades colombianas y aquí les recibimos, ustedes quieren echarle al profesor Fierro?”. Se acabó el paro y seguí con mis clases.

¿Alumno suyo fue Germán Rodas?

Fue mi alumno en quinto año de Medicina, un estudiante de los mejores que recuerdo. Entre mí pensaba reclutarle cuando egresara para que fuera uno de mis investigadores de campo. Ante mi sorpresa, el gran Germán Rodas abandonó los estudios de Medicina. Años después le encontré en la Universidad Andina, había hecho estudios de doctorado en Cuba, creo que en Filosofía o Historia, y retomamos el discurso de la mucha simpatía que nos teníamos. Un hombre multifacético, muy inteligente, muy afín.³

¿Había muchos casos de buenos alumnos que dejaran Medicina?

Montones, ese era el drama, la desertión estudiantil era de espanto en Medicina y en toda la Universidad Central. Como durante años hubo la democratización de la enseñanza y entraban *tooodos* los que querían entrar a la educación superior, muchos no aguantaban, a lo mejor no les daba la vida para eso, o en lugar de médicos querían ser arquitectos. En todo caso la universidad había entrado en gastos y de pronto desertaban.

EN EL MUNDO ACADÉMICO

En 1970 hay la otra clausura, esta vez del Gobierno de Velasco Ibarra. ¿Cómo vivió esto?

Contrariado, mortificado, la Universidad Central ha tenido para mí, por ser una universidad pública, la preferencia de mis afectos, de mis razonamientos. Me llamaron a que fuera profesor de universidades particulares, jamás acepté. Mi docencia, a la que dedicaba esfuerzo, temperamento, etc., era para mi Universidad Central.

¿Qué esperaba obtener de esta dedicación?

Yo cuestioné y lo hice públicamente cuando a un buen profesor, el doctor Eduardo Flores, de Química, alguien le dijo: “doctor Flores, ya es tiempo que no nos dé dictado. ¿Por qué no publica un librito sobre química médica?”. “Yo no tengo hábito para eso porque mientras viva en el corazón de mis alumnos yo seguiré existiendo”. ¡Vaya forma de vivir en el corazón de los alumnos: muertos los alumnos, acabado el profesor Flores!

Mi docencia quería dejar una huella, pero en la medicina nacional, con mis publicaciones, con los congresos, a manera de estímulo, así como Nicolás Espinosa, que era un pediatra estupendo; como Augusto Bonilla, que presentaba trabajos en congresos internacionales, qué maravilla, qué portento. La docencia era una respuesta a mi vocación de maestro, de incitador de vocaciones.

3 Germán Rodas es profesor del área de Salud de la Universidad Andina Simón Bolívar y ha escrito varios libros sobre temas de historia política; entre ellos, uno dedicado a rescatar la memoria del médico Ricardo Paredes, líder comunista de mediados del siglo pasado, que se formó con la Revolución Juliana.

¿Iba a actualizarse con frecuencia a Estados Unidos?

Cada dos años se organizaban en la Escuela de Medicina de la Universidad de Harvard los *workshops*, que eran la puesta al día en diferentes materias. Durante una semana profesores contratados a precio de oro nos daban las clases. De manera que en numerosas ocasiones asistí a los *Workshops of Endocrinology* en Boston.

Eso costaba dinero, ¿no?

En la residencia de profesores tenía alojamiento por mis vinculaciones con la Unidad de Tiroides del Hospital de Massachusetts donde me costaban cantidades alegóricas la estadía y la matrícula, que costaba montones de plata a quienes no tenían esta vinculación. Lo que sí pagaba era el pasaje que más o menos venía a resultar cuatro o cinco meses de salario de la Central, pero me iba y tenía cara de exigir a los alumnos. Yo nunca he gozado de una gran condición económica, más bien normal, de una clase media profesional. Para vivir y sustentar a mi familia, para los estudios de ellos tenía que trabajar, de lo contrario estaba perdido. Todo mundo ha sabido eso.

¿Traía material didáctico de esos viajes?

Nos daban un precioso libro con todas las conferencias, en donde habían diagramas que explicaban los últimos conocimientos. Yo, a algún gráfico lo reproducía en español y lo presentaba en mis clases; era una gran ayuda para una docencia actualizada.

¿Cómo fue la actualización del libro de Cecil y el de Harrison con datos de América Latina?

El problemón era la enseñanza que se daba en las universidades latinoamericanas porque carecíamos de textos, excepto en Cuba, donde se logró publicar un precioso libro sobre medicina interna, y había en Argentina, por decir algo, un texto estu-pendo sobre diabetes, o los estudios de altura de los peruanos, pero faltaban textos de medicina interna. ¿Qué hacía el profesor? Dictar las clases, había los famosos dictados con todas las aberraciones que podían darse por mal entendimiento de quien estaba oyendo o porque el profesor no logró explicarse debidamente. Y se estudiaba en los apuntes. Por ahí alguien tenía algún librito en inglés.

Preocupada por eso, la OPS convocó en Washington a profesores de Medicina Interna para que estudiáramos el problema y viéramos la forma de solucionarlo, porque eso de los apuntes era una barbaridad. Después de las discusiones, llegamos a ponernos de acuerdo en que lo mejor era optar por textos gráficos, dos de esos textos gráficos eran el Cecil y el Harrison de medicina interna. Entonces ¿qué le correspondía al profesor nacional cuando daba en Quito, por ejemplo, Medicina Interna? Lo que yo llamaba “notas al canto” que era aquello que sobre tal capítulo se sabía porque había ciertos particularismos descritos en territorio ecuatoriano. Con estas notas al canto que daba el profesor local y con lo que señalaba el texto, la transmisión de conocimientos iba a ser muchísimo mejor, siempre y cuando los textos aquellos fueran asequibles a la economía de los estudiantes.

Se logró que la OPS publicara ediciones baratas que fueron repartidas por miles a nivel latinoamericano, de manera que cualquier estudiante, haciendo un pequeño esfuerzo, compraba uno de esas ediciones baratas y tenía las notas al canto del profesor. Había capítulos, por ejemplo, lo del bocio endémico, que eran muy poco desarrollados en los libros esos porque en Estados Unidos no había bocio endémico; en parasitología, muchos de los parásitos de nuestras áreas tropicales no existen allá, en cambio aquí se descubrieron parásitos y eso tenían que saber nuestros estudiantes.

Desde 1966 usted es miembro de la Academia de Medicina.

Fui miembro fundador de la Academia de Medicina. El primer presidente, el que organizó esto, fue el doctor Raúl Murgueitio que vino de Estados Unidos.

¿El dermatólogo?

El dermatólogo. Murgueitio nos convocó a algunos médicos.

¿Qué relación tenía esta academia con la Facultad de Medicina?

Muy poca.

¿No eran de las mismas personas?

No, porque a muchos académicos no les iba ni venía la Facultad de Medicina. Y otra razón: porque eran los tiempos cuando la gente no se sentía a gusto en las vinculaciones con la Universidad Central. Concretamente, había decanos en la Facultad de Medicina que, cuando se trataba de concursos y uno presentaba publicaciones, tenían la cachaza de decir: “papeles, papeles, papelitos”, así, textualmente. Entonces los académicos no se sentían atraídos.

¿Qué labores desempeñaba la academia?

Una labor discreta, la Academia Ecuatoriana de Medicina no ha tenido mucho lucimiento, digamos, mucha impronta, pero no quiero criticar. Cuando fui presidente organicé las I Jornadas de Biopatología Andina y Tropical Ecuatoriana. Convoqué a más de 150 colegas que los sabía de mérito, que habían hecho trabajos, que mantenían un ejercicio profesional y/o docente importante, y participaron en esas jornadas de las cuales salieron tres volúmenes preciosos de más o menos 3000 páginas. Se dice que *Biopatología Andina y Tropical Ecuatoriana*⁴ ha sido el libro más consultados, por las referencias que se hacen en los trabajos que se fueron produciendo en territorio ecuatoriano.

Era una manera de hacer acto de presencia como academia con el conocimiento sistematizado de la realidad nacional en el campo médico, lo que en este momento está haciendo el doctor Jaime Breihl, que ha convocado a más de un centenar de colegas para producir una obra que se va a titular *La medicina ecuatoriana en el siglo XXI*. Somos unos 70 grupos de trabajo, cada grupo con dos o tres colegas participantes en sus diferentes especialidades, que estamos trabajando para producir un logro estupendo.

4 Fierro Benítez, Rodrigo y Ordóñez Nieto, Gabriel, editores, *Biopatología andina y tropical ecuatoriana*, Academia Ecuatoriana de Medicina, Quito, 1995.

DESDE EL MINISTERIO DE SALUD

En 1979, cuando sube Jaime Roldós, usted es nombrado ministro de Salud. ¿Cómo fue esa experiencia?

Usted sabe que Roldós subió por la movilización del CFP en todo el país y que llegó a la conciencia del imaginario del pueblo-pueblo. Quien dirigía el CFP era Assad Bucaram, que fue elegido presidente de la Cámara de Representantes.

Yo me vi presionado en muchos frentes, pero hablemos de Bucaram porque fue la última etapa de lo que me aconteció. Abanderaba el presidente de la Cámara una ley sobre el ingreso libre de las medicinas y yo perdí la cabeza porque sabía que al país que había decretado lo mismo, la India, se le llegó a definir como ‘el recto del mundo’, a donde van todos los desechos. Al pequeño Ecuador le iba a llegar la basura, todos los desechos, iba a ser otro recto.

Convoqué a Plutarco Naranjo, a Edgar Samaniego y al doctor Moscoso para que analizaran el proyecto de ley y me dieran su opinión. Como yo esperaba, me dieron un informe totalmente adverso. Pedí audiencia al señor presidente de la Cámara, me la concedió. Llegué al Palacio Legislativo y un hombre de casi dos metros me recibió con la displicencia más bestial, me señaló una silla que estaba frente a su escritorio y él se quedó parado, me quedó mirando. “Vea, señor Assad Bucaram, vengo con el propósito de dialogar sobre el proyecto de ley de la libre importación de las medicinas que usted está promoviendo y va a expedirse porque tienen mayoría en la Cámara. Pero hay razones de todo género para que, como ministro de Salud de este país, me oponga a que sea aprobada esta ley”. Comencé a exponerle las razones y de pronto me salió con: “lo que pasa es que usted está defendiendo los intereses de las transnacionales”. Perdí la cabeza, me erguí: “y lo que pasa es que el desventurado país tiene como presidente de la Cámara Nacional a un semianalfabeto como usted”.

¿Qué respondió?

Nada, de ahí venían las trompadas. Medio que se quedó perplejo, yo me di la vuelta y salí sin despedirme. Luego supe que minutos después Roldós recibía una llamada: “Jaimecito”, porque así le trataba, perdiéndole todo el respeto al señor presidente, “Jaimecito, te llamo para comunicarte para los fines consiguientes que acaba de salir el ministro de Salud Rodrigo Fierro, quien me ha tratado mal, me ha perdido el respeto y he sido injuriado, de manera que tú sabrás lo que haces”. Sabiendo yo lo que iba a pasar había dispuesto a mi secretaria: “si no me oye llamarla, usted inmediatamente, en uno de los automóviles del ministerio, va al Palacio de Gobierno y entrega mi renuncia que está firmada”. Porque yo estaba renunciado porque el Gobierno del presidente Roldós dependía de la Cámara para que fuera aprobada cualquier ley. Entonces mi renuncia llegó muy poco después de la llamada de teléfono de Bucaram y ese fue el final.

Pero también le querían hacer firmar compras de equipos....

Lo más importante, la construcción del Baca Ortiz. Cuando llegué al ministerio,

había un montoncito de documentos, y el primero, lo único que necesitaba era mi firma para que se procediera a construir el hospital Baca Ortiz, porque era un clamor ciudadano, Guayaquil ya tenía hospital pediátrico y no la capital de la República. Lo que había era ese pobre edificio del Baca Ortiz antiguo, recordará, en la 6 de Diciembre y Colón. Entonces volé a la Politécnica, el ingeniero Orellana se sorprendió al verme: “¿cómo así, mi querido doctor Fierro, en qué puedo servirle?”. Le digo: “le traigo toda la documentación para la construcción, llave en mano, del hospital Baca Ortiz. Le ruego que reúna un equipo de ingenieros civiles, eléctricos, etc., para que analicen este contrato y por favor me comuniquen cuál es su opinión”. Me quedó viendo el ingeniero Orellana: “encantado, voy a convocar”. Formó un equipo al máximo nivel que se puso a trabajar sobre este contrato de construcción llave en mano y resultaba que era un atraco, así que yo no firmaba.

(Cuenta que el embajador de España también fue a palanquear porque era una empresa española y hasta le llevaron a José Tohme a Madrid, pero él también rechazó hacer la gestión y seguían las presiones: “¿Por qué no firma el ministro de Salud? ¿No se da cuenta que hay niños en la capital de la República, y que los costeños ya tienen en Guayaquil un hospital fenomenal?”).

Eran bultitos que se iban agregando, agregando. Me mandó a llamar el señor presidente Roldós: “doctor Fierro, explíqueme por qué se opone”. “Por que tengo un estudio realizado por ingenieros de la Politécnica en donde se demuestra el atraco”. “¡Muy bien, ministro, para eso hemos llegado al poder, somos el cambio, la fuerza del cambio, muy bien!”.

Cuando llegó lo de Bucaram ya tuvo que bajar la cabeza este hombre que fue muy digno.

Bueno, después terminaron peleados.

Es que ya era insoportable.

En el año 1995, cuando era ministro de Salud Alfredo Palacio, usted estaba a cargo de un programa de nutrición. ¿Cómo funcionaba eso?

Resulta que el ministro Palacio, con quien manteníamos una cierta amistad y los debidos respetos, descubre que un préstamo del Banco Mundial para controlar las deficiencias en micronutrientes: yodo, hierro, vitamina A, etc., no se había utilizado y estábamos pagando ya intereses. Entonces viene a verme en la Politécnica el ministro Palacio con un asesor de la OPS, Carlitos Samayoa: “Rodrigo, vengo a proponerte que dirijas el Programa Nacional de Control de las Deficiencias Alimentarias de Micronutrientes, sabes que tu concurso es indispensable para que utilicemos este préstamo del que ya estamos pagando”.

¿Era un préstamo grande?

Importante, fuertísimo. Eso me significaba un medio tiempo, que tenía que sacarlo del consultorio del cual prácticamente vivía. Acepté la dirección con tres objetivos: el del yodo que estaba en marcha pero debía ser corregido, potenciado y más; el del hierro, que era un problema terrible: el 70% de las mujeres ecuatorianas eran

anémicas; y la vitamina A, de importancia, pero no tanto como el yodo y el hierro.

Me puse a trabajar. Quienes iban a colaborar conmigo habían sido mis alumnos, que conocían el temperamento, el golpe fuerte que yo daba a las cosas. Y resultó un sujeto de primera línea el asesor de la OPS en nutrición, el doctor Carlos Samayoa. Como los representantes de las otras agencias encontraron un grupo ecuatoriano fuerte, bien plantado, entonces las agencias, la UNICEF, etc., participaron. Y como lo del yodo ya estaba bien encaminado, nos propusimos corregir las anemias por deficiencia de hierro, ¡carajo, una lucha maravillosa, una experiencia extraordinaria!

¿Y cómo suministraban el hierro?

Iniciamos con el Día del Hierro. Se llamaba un día por semana en cada subcentro y se administraba a las madres embarazadas, a las madres en lactancia y a los niñitos suplementos de hierro en gotas y tabletas. Después, la OPS y la Unicef consideraron el programa ecuatoriano como un modelo a seguirse en Latinoamérica. Cuando el presidente Sixto Durán dejó la presidencia, días antes firmó el decreto de la obligatoriedad de fortalecer la harina de trigo con hierro, vitaminas del complejo B y ácido fólico. Ese era el vehículo y todos los harineros ecuatorianos intervinieron.

¿Se vieron resultados rápidamente?

No tan rápidamente, los resultados fueron estupendos en el programa piloto, a nivel nacional estaba por verse, pero teníamos magníficas razones, por lo que debíamos esperar resultados estupendos.

¿Tenía eso vinculación con la Facultad de Medicina?

Desde luego, con las facultades de Medicina, especialmente con las que había en la Costa, donde la anemia ruge. Como yo era universitario, se tranquilizaban las facultades, cuando llegaba a Guayaquil, por ejemplo, porque me habían conocido en congresos, en reuniones académicas, científicas.

COLUMNISTA COMBATIVO

¿Cómo así empieza a escribir en *El Comercio*?

Porque era el diario que se manifestaba como el más representativo del periodismo quiteño. Y resultó que a mi gran amigo, el doctor José Thome Amador, el cirujano que operaba a mis pacientes y era casado con una de las Mantilla, hermana de doña Guadalupe, le designaron presidente de *El Comercio*. Entonces me invitó: “Rodrigo, sabes que estoy en esta posición, bueno sería que te vincules a *El Comercio*, que es independiente”. Acepté y desde ese entonces 1981-1982 no he dejado de escribir las veces que he podido, que he estado aquí en Quito, una vez por semana.

¿Qué feedback ha tenido de sus lectores?

De todo, pero más reacciones positivas porque a donde he ido: “¡ah! usted es el doctor Fierro, el que escribe en *El Comercio*, le felicito por tal artículo, o no estoy de acuerdo con usted doctor, pero le leo”. De manera que, para bien o mal, he tenido momentos que son casi de sarcasmo como cuando se me ocurrió escribir sobre algo que me sorprendió: el Papa, *urbi et orbi*, dijo que no existe el limbo.

(Risa). Me río porque yo también escribí sobre eso en *El Comercio*.

Yo, en un artículo había dicho que era un crimen, ¡carajo!, que existiera el limbo para niñitos no bautizado y que en un ambiente de frío y oscuridad los pobrecitos solo alcanzaban a decir “juicio, juicio” porque en el día del juicio final serían liberados. Saqué un artículo diciendo que me oponía a la existencia del limbo y me salió un periodista del mismo diario: que cómo me atrevía.

Pero usted estuvo en el candelero, no por el limbo sino por la cárcel a donde le quería mandar el ingeniero Febres Cordero. ¿Cómo así se casó esa pelea?

Porque comencé a sentirme muy a disgusto con el Partido Social Cristiano, al que consideraba el refugio de los plutócratas que habían manejado este país con amoralidad. Habían creado estructuras de poder como la Junta Bancaria en donde se decidían cosas como devaluaciones o importaciones y allí participaba un representante de los bancos privados que conocía de primera mano cualquier decisión gubernamental, que era un secreto de Estado justamente para que no especulen las fortunas. En el año 2003 escribí un artículo al que titulé “Febres Cordero en su sitio”. Recordará que antes se armó una movilización guayaquileña de apoyo a Aspiazu y el ingeniero Febres Cordero a la cabeza; yo aludía a esto y a otros extremos como el atracón que se dieron ‘los banqueros corruptos’, que significó casi el monto de los gastos del Estado ecuatoriano y que estaban en el plan de otro empuñe de dimensiones colosales. Escribí poniéndole al ingeniero Febres Cordero como uno de los protagonistas de cómo estaba rodando nuestro país y vino el juicio penal.

Querían que yo escapara del Ecuador, lo cual hubiera sido una autoacusación. Declaré: “no me voy, tengo preparada mi máquina de escribir y mi cafetera para irme al panóptico si este juicio con jueces parcializados me cree culpable”.

El Comercio se portó como usted no tiene idea, aparecían editoriales a mi favor y a través de abogados de *El Comercio* mi abogado recibía orientaciones valiosísimas. Pero todo estaba perdido, los jueces estaban comprados, estaban parcializados, sería largo contarle aquel viacrucis que duró siete meses, un martirio de todos los días. ¿En qué terminó? En que me quedé, nunca me fui, se trató de amedrentarme por todos los lados, pero me mantuve y por último, dada mi edad, no se me metió a prisión.

*(En diciembre de 2012, los estudiantes de la Escuela de Medicina de la Universidad Central le dieron una placa con la siguiente leyenda: “Por su brillante trayectoria como científico cuyas investigaciones han significado beneficio para la humanidad, y por ser ejemplo de lucha y perseverancia en su acción y ejecución hacia el sendero del éxito”. Pocos maestros han merecido tanto como él semejante reconocimiento).*⁵

5 Ibid, p. 323.